

REFLEXIONES SOBRE LA EDUCACIÓN: UNA MIRADA DESDE CORNELIUS CASTORIADIS

RAÚL ENRIQUE ANZALDÚA ARCE

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL – AJUSCO

TEMÁTICA GENERAL: FILOSOFÍA, TEORÍA Y CAMPO DE LA EDUCACIÓN

RESUMEN

La ponencia es una aproximación a la ubicación de la *educación* en la amplia teoría de Castoriadis sobre *la institución imaginaria de la sociedad*. Si bien Castoriadis no hace un análisis sistemático de la educación, este trabajo pretende un breve análisis del papel de su papel como institución en la teoría castoridiana. Así la *educación* se ubica en la constelación de las instituciones sociales, como parte de las creaciones de lo imaginario social. Se analiza su función en la socialización de los individuos que encarnan la sociedad, su carácter conservador y heterónomo, su lugar en el neoliberalismo y en el *avance de la insignificancia*. Por último se señala el importante papel que podría tener en la propuesta emancipadora de Castoriadis: el proyecto de autonomía.

Palabras clave: Educación, socialización, autonomía, Castoriadis.

INTRODUCCIÓN

A veinte años de la muerte de Cornelius Castoriadis son muchos los homenajes y los eventos académicos que se han emprendido en este año para analizar, debatir y valorar los aportes de este importante pensador social. La presente ponencia es un intento de reflexionar acerca la educación como institución, analizando su papel en el entramado de las instituciones sociales desde el arsenal teórico de conceptos y categorías aportadas por Castoriadis para la comprensión de la sociedad.

Si bien es cierto que Castoriadis no dedicó un análisis sistemático a la educación, a lo largo de su obra encontramos dispersos, fragmentos y alusiones, directas e indirectas, en las que esboza una serie de planteamientos sobre la importancia de la educación. Este trabajo es un intento aproximarnos a la ubicación de la educación en la vasta aportación teórica de Castoriadis. La brevedad de la ponencia nos obliga a presentar solo algunos planteamientos de lo que requeriría un desarrollo muchísimo más amplio que estas cuartillas.

Partimos de una breve exposición de la tesis central de Castoriadis: *la sociedad está instituida imaginariamente*, para ir exponiendo algunas de las categorías conceptuales, que permitirán ubicar a la educación como parte del proceso socializador del individuo, en el entramado de los dos órdenes inseparables e irreductibles de la *psique* y lo *histórico-social*.

Posteriormente se analiza el papel de la educación en la transmisión de la cultura y en el apuntalamiento de la heteronomía de la sociedad. Se ubica la educación en el neoliberalismo y sus efectos en lo que Castoriadis denomina como *avance de la insignificancia*.

A manera de conclusión se destaca el papel que podría tener la educación en la propuesta libertaria de Castoriadis: el Proyecto de Autonomía.

LA SOCIEDAD COMO INSTITUCIÓN IMAGINARIA.

La tesis fundamental de Cornelius Castoriadis es que toda sociedad está creada imaginariamente. Sin duda este planteamiento resulta extraño sobre todo a la luz de lo que las teorías sociales han planteado desde el siglo XIX, de que toda sociedad está creada por sus condiciones materiales, como proponían Marx y Engels:

Así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana: el hecho, tan sencillo, pero oculto bajo la maleza ideológica, de que el hombre necesita, en primer lugar, comer, beber, tener un techo y vestirse antes de poder hacer política, ciencia, arte, religión, etc.; que, por tanto, la producción de los medios de vida inmediatos, materiales, y por consiguiente, la correspondiente fase económica de desarrollo

de un pueblo o una época es la base a partir de la cual se han desarrollado las instituciones políticas, las concepciones jurídicas, las ideas artísticas e incluso las ideas religiosas de los hombres y con arreglo a la cual deben, por tanto, explicarse, y no al revés, como hasta entonces se había venido haciendo. Pero no es esto sólo. Marx descubrió también la ley específica que mueve el actual modo de producción capitalista y la sociedad burguesa creada por él. El descubrimiento de la plusvalía iluminó de pronto estos problemas, mientras que todas las investigaciones anteriores, tanto las de los economistas burgueses como las de los críticos socialistas, habían vagado en las tinieblas. (Engels, 1883, p.1).

Para esta concepción, la fuerza creadora y transformadora de la sociedad está en el desarrollo de los *Modos de producción*, de ahí que Marx y buena parte del pensamiento social (aunque no siguieran el marxismo) consideraran la importancia de las condiciones materiales de la producción como elemento central para el análisis de la sociedad.

Bajo esta perspectiva resulta extraña la concepción de Castoriadis, que pareciera a simple vista un retorno al idealismo. Sin embargo no es así, Castoriadis no deja de reconocer la importancia del modo de producción como referente de las condiciones que imperan en una sociedad (Cfr. Castoriadis, 1983, v. I.), pero la creación de un modo de producción, de las relaciones que propicia y de las instituciones en las que se apunala, son creación imaginaria, es decir se sostienen en significaciones creadas por el colectivo que le dotan de sentido. Estas significaciones que conforman creencias, normas, valores, concepciones y formas de relación, se convierten en instituciones, que son las que permiten que un modo de producción pueda operar, desarrollarse, reproducirse y transformarse.

La tesis de Castoriadis de que toda sociedad se instituye imaginariamente, quiere decir que el ser humano crea *para sí* un mundo a través de un *magma* de significaciones, que ineludiblemente es social, pues requiere de los otros para sobrevivir y sólo con ellos, en conjunto, crean un mundo propio, en el que viven y encuentran sentido a su vida y a lo que hacen de ella. Lo imaginario social establece ese “mundo” creando significaciones de él: lo que es y lo que no es una sociedad, lo que existe y lo que no, lo que puede ser y lo que puede valer en una época y colectividad determinada. Lo imaginario social conforma las significaciones que dotan de identidad a una sociedad, y establece las formas que le permiten cierta cohesión entre sus miembros.

La institución es concebida tradicionalmente como todas las creencias y modos de conducta instituidos por la colectividad, que refuerzan la conciencia colectiva y permiten “la reproducción de las relaciones sociales de un modo de producción dado” (Lapassade y Lourau, 1981, p. 198). Para

Castoriadis, la institución no se reduce a su significado funcional, ni a su carácter racional, ni a su capacidad de reproducir lo establecido (Castoriadis, 1983, v. I, p.226), aunque estos rasgos son innegables, pues en relación a ellos las instituciones se estructuran y se organizan. Sin embargo, no podemos reducir su comprensión a sus funciones y a su racionalidad instituida, ya que en todas ellas hay un componente *imaginario* creativo, que escapa a estas características.

Para Castoriadis las instituciones no están dadas de una vez y para siempre, por el contrario son procesos, las significaciones imaginarias que las componen requieren de su uso y refrendamiento en los discursos, las prácticas y los rituales donde se ponen en juego fuerzas en tensión constante. La sociedad es devenir histórico-social, es proceso en marcha, donde hay tensiones entre lo que se ha *instituido* (*imaginario social efectivo*: significaciones, creencias, normas, formas de relación, etc.) todo aquello que se ha establecido en las instituciones y buscan preservarse; que entran en tensión con lo *imaginario social radical*, que es la dimensión *instituyente* de la sociedad: creación de nuevas significaciones en el proceso de auto-creación de la sociedad en su devenir (Cfr. Castoriadis, 1998b, p. 314).

La sociedad para reproducirse requiere de los individuos que introyecten las significaciones sociales que les permitan encarnar las instituciones en las que participan (familia, escuela, religión, etc.). El individuo es en sí mismo un fragmento de las instituciones que lo han conformado. Sin embargo, esto no implica que las significaciones imaginarias sociales puedan dilucidarse de las representaciones individuales, o que las significaciones sociales se reduzcan a las significaciones que introyectan los individuos que son producidos por las instituciones y las encarnan. Castoriadis sostiene que el ser humano se encuentra en un entramado de dos órdenes que son inseparables, pero a la vez irreductibles entre sí. El orden de la *Psique* y el orden *Histórico-Social*. En ambos hay significaciones imaginarias que conforma un mundo *para sí*, sólo que éstas son de naturaleza distinta: en la psique las significaciones se crean a través de la *imaginación radical*, que es un flujo incesante de representaciones, afectos y deseos. Mientras que en el orden histórico-social, las significaciones son creadas por lo *imaginario social*, que produce los significados y construcciones instituidos (que conforman el imaginario social efectivo), así como las significaciones instituyentes (que se crean por la acción delo imaginario social radical).

El *individuo social* es producto del proceso de socialización, que es una acción de la sociedad sobre la psique para domeñar sus representaciones, afectos y deseos, para encauzarlos a satisfacerse a partir de lo que la sociedad les ofrece como objetos y acciones de *sublimación*. Esto marca la entrada del sujeto al funcionamiento de las instituciones sociales. Se inserta en ellas, a partir de las *convocatorias* sociales (Ramírez, 2017) que recibe y hace suyas para incorporarse (hacer cuerpo, encarnar) en las instituciones que le asignan lugares, roles, normas, rituales, que tendrá que seguir.

La socialización no es mera prohibición de pulsiones e imposición de represiones: "La simple prohibición no puede crear nada; puede, apenas, regular algo. En la creación y la existencia de las

sociedades, hay un contenido positivo, casi infinito” (Castoriadis, 2002b, p. 251) de creación de sentidos y formas de ser, ofrecidos a la psique como señuelos de satisfacción de deseos, para hacer que el individuo piense, actúe y desee lo que la sociedad le propone a través de sus instituciones. “La sublimación es el eje o el *lado* subjetivo del funcionamiento de la institución social” (Castoriadis, 2002b, p. 252).

Por medio de la socialización la sociedad intenta adaptar a la psique a los requerimientos de las instituciones sociales y emplear la fuerza psíquica de la *imaginación radical* para la creación y la acción social. Sin embargo, la psique no puede ser dominada por completo, el flujo incesante de representaciones, afectos y deseos de la imaginación radical, no puede ser totalmente encausado por la socialización, siempre hay resistencia a las prohibiciones, siempre quedan en falta los objetos de sublimación, nunca la sociedad podrá saciar el deseo de objetos y el placer de la creación de representaciones, que es incesante e irrefrenable; es por ello que no hay dominio total de la sociedad, aunque el individuo pueda parecer completamente dominado y dirigido por la dimensión conjuntista-identitaria de la sociedad:

La institución de la sociedad y las significaciones imaginarias sociales incorporadas en ella se despliegan siempre en dos dimensiones indisociables: la dimensión conjuntista identitaria (“lógica”) y la dimensión estrictamente o propiamente imaginaria. En la dimensión conjuntista-identitaria, la sociedad opera (obra y piensa) con ‘elementos’ con ‘clases’, con ‘relaciones’ postuladas como *distintas y definidas*. El esquema aquí es la determinación. [...]. En la dimensión propiamente imaginaria, la existencia es significación. [...]. Toda significación remite a un número indefinido de otras significaciones. [...]. Las significaciones no están tampoco ligadas por condiciones y razones necesarias y suficientes. [...] La dimensión propiamente imaginaria se manifiesta a través de lo que yo llamo lengua. (Castoriadis, 1998^a, pp. 71-72).

Las instituciones operan de manera importante a través de una lógica conjuntista-identitaria, por medio del *legein*, que designa, distingue, organiza y permite contar, operación que hace posible el *representar-decir social*; y el *teukhein* que alude a las formas de emplear, fabricar construir, que remiten al *hacer social*.

La educación es sin duda una de las instituciones fundamentales de la sociedad, pues a través de ella se lleva a cabo una parte importantísima de la socialización y por lo tanto de la construcción de los *individuos* que el sistema social requiere para subsistir y reproducirse.

LA EDUCACIÓN

La idea tradicional de educación derivada de Durkheim, se concibe como un proceso de socialización metódica, definida de la siguiente manera:

La educación es la acción ejercida por las generaciones adultas sobre las que no están todavía maduras para la vida social. Tiene por objeto suscitar y desarrollar en el niño cierto número de estados físicos, intelectuales y morales que reclaman de él la sociedad política en su conjunto y el medio especial al que está particularmente destinado. (Durkheim en Filloux, 1994, p. 73)

Si bien Castoriadis coincide en el carácter socializador de la educación, aunque no la define estrictamente, a la luz de su pensamiento, podemos reinterpretarla como el esfuerzo socializador de imponer a la psique las significaciones y creaciones de sentido social, que transmiten formas de *representar-decir* y *hacer social*, valorados por una sociedad en un momento histórico determinado, que han sido instituidos, con el objetivo de dotar a los individuos de conocimientos, habilidades, aptitudes y actitudes, que les permitan insertarse adecuadamente a los trabajos y a las funciones que la sociedad requiere de ellos.

La colectividad sólo puede existir en tanto instituida. Sus instituciones son una y otra vez su propia creación, pero casi siempre, una vez creadas, aparecen para la colectividad como dadas (por los ancestros, los dioses, Dios, la Naturaleza, la Razón, las leyes, la historia, los mecanismos de competencia, etc.). Así es como ellas se vuelven fijas, rígidas, sagradas. [...]. Llamo a este estado de la sociedad 'heteronomía'; el *héteros*, el otro, que ha dado la ley, no es sino la sociedad instituyente misma, la que, por razones muy profundas, debe ocultar este hecho. (Castoriadis, 2008a, p.122)

La *heteronomía* característica de nuestras sociedades se refiere al desconocimiento u ocultamiento de la propia auto-institución como sociedad, es decir la heteronomía sería una suerte de

alienación del sujeto y la sociedad sobre su propia institución y constitución, atribuyéndola a otro: Dios, destino, estructura, mercado, etc.

La educación no sólo transmite los conocimientos y la cultura instituida en una sociedad, sino que por lo regular refuerza la idea de *heteronomía*. En en la mayoría de las sociedades occidentales modernas la educación del Estado es laica y obedece a la intención de propiciar el conocimiento racional y científico, ofrece narrativas simplificadas y fragmentadas de los acontecimientos “históricos” que en apariencia dan cuenta del relato de cómo surgió y ha evolucionado la sociedad en la que se encuentran. Estas narraciones legitiman, justifican e imponen una manera de ver los acontecimientos, instituyendo una concepción del mundo y un sistema de valores en torno a lo relatado.

Los discursos educativos resultan ideológicos, ya que presentan como “verdad” una serie de interpretaciones de lo que es la sociedad, de su identidad, su historia, su proyecto; a partir de los cuales se promueven convocatorias de identidad para los estudiantes y los colectivos, de manera que orienten su memoria, sus acciones, sus expectativas y deseos, de acuerdo a los proyectos e intereses políticos de los grupos gobernantes y de las clases sociales a las que sirven.

Los individuos socializados por la educación son convocados como ciudadanos que deberán acatar las leyes, participar en la democracia reducida al acto de votar en las elecciones y compartir el espíritu de identidad nacional de una sociedad.

Más allá de los ideales de la ilustración y la racionalidad, que dio origen al proyecto educativo de la modernidad en los Estados Burgueses, en la actualidad la educación se ve impactada por las significaciones imaginarias del neoliberalismo.

La globalización y el neoliberalismo, han logrado, ahora más que nunca, colocar la economía como *significación imaginaria central*, haciendo que la racionalidad del capitalismo, invada todas las esferas de la sociedad, produciendo la subordinación de las instituciones y las significaciones imaginarias sociales a los fines y principios de éste sistema de producción. Esto ocasiona que la concepción del mundo y los valores del capitalismo se conviertan en referentes identitarios en torno a los cuales se cohesiona la sociedad. Este creciente dominio del capitalismo como significación imaginaria central, conlleva varios efectos, en toda la sociedad, pero especialmente en el campo educativo:

Todo proceso social se orienta bajo la lógica de aumentar la ganancia y reducir los costos. Esto genera una obsesión por cuantificar y medir todo lo que se hace, como una forma de valorar los procesos y los productos. Esto se refleja en la creciente obsesión por las evaluaciones cuantitativas y estandarizadas en educación.

Los fines, principios, prácticas, estrategias y discursos de la empresa se trasladan a la lógica y la racionalidad de todas las demás instituciones sociales, resaltando la importancia de las significaciones imaginarias de la calidad, la excelencia y la competencia, como parámetros

fundamentales, que se convierten en los “valores” en torno a los cuales se evalúan las metas, los procesos y los productos de toda institución, incluyendo la institución educativa en todos sus niveles.

La política neoliberal entre otras cosas, obliga a los países a: firmar tratados de libre comercio en condiciones desventajosas para los más débiles, abandonar las políticas del Estado Benefactor y privatizar la mayor parte de las empresas estratégicas y servicios de seguridad social, que antes controlaba el estado. En este contexto, la educación es objeto de una serie de recomendaciones de cambios por los organismos internacionales, como en el caso de la *Reforma Educativa* en México, implementada por influencia de la OCDE. Esta *Reforma*, que aparentemente tendría un efecto fundamentalmente laboral, en realidad apunta a transformaciones importantes no sólo en el ingreso, permanencia y promoción de los docentes de educación básica y media superior, sino en el desarrollo de los procesos educativos, por la diversidad de aspectos que abarca.

Se ha producido una mutación antropológica denominada *homo oeconomicus*: “[hombre...] perfectamente calculador. [Al que se le demanda comportarse como...] una computadora maximizando [el placer y el beneficio] / minimizando [el displacer en las elecciones de su consumo]” (Castoriadis, 2002, p. 77). Se trata del individuo del consumo: un ser dominado por el ansia de comprar para ser feliz, un sujeto que se identifica a tal grado con las mercancías que piensa que es lo que tiene y puede comprar, lo que consume y lo que porta. Esta identificación lo cosifica como mercancía, pues aunque es convocado a educarse para ser “empresario de sí mismo”, en realidad se le prepara para adquirir las competencias necesarias para insertarse en el precario mercado laboral de la producción flexible, para transitar de un empleo a otro sin ninguna protección social.

Aparece un fenómeno denominado por Castoriadis como el *avance de la insignificancia*, que se caracteriza porque la sociedad es incapaz de proponer un sentido que aspire al desarrollo colectivo. Se re-significan, desvanecen y pierden sentido, los proyectos sociales fuertes (libertad, autonomía, igualdad, etc.).

Los individuos se viven incapaces de producir cambios y generar proyectos colectivos, distintos al consumo y su bienestar efímero. No asumen que la sociedad es creada por ellos y podrían transformarla. Por el contrario los invade un conformismo generalizado y una inclinación a la servidumbre voluntaria. Desconocen el pasado y no aspiran a un proyecto de futuro. La educación, convertida en una institución elitista e instrumental, con un marcado empobrecimiento de los contenidos que pudieran permitir la crítica y la reflexión, apuntalan la heteronomía y se contrarresta la autonomía.

La autonomía implica darse su propia ley, cuestionar reflexivamente las significaciones creadas por la psique y/o instituidas por la sociedad, que somete a los individuos. La autonomía puede alcanzarse en lo individual como en lo social. En el sujeto la autonomía implica, entre otras cosas, cuestionar reflexivamente sus propias determinaciones subjetivas (Castoriadis, 1983 v.I), otorgándoles un nuevo sentido.

La autonomía en el orden socio-histórico implica que el colectivo reconozca que las instituciones de la sociedad son creadas por él y por lo tanto transformables por él, de manera que puede cuestionar sus propias instituciones, sus representaciones del mundo, sus saberes, sus “certezas”, sus significaciones sociales; y puede transformarlas de manera crítica y reflexiva.

A MANERA DE CONCLUSIÓN: LA EDUCACIÓN PARA LA AUTONOMÍA

El proyecto de autonomía apunta a poner en entredicho lo que es una sociedad, su institución misma y su identidad. Esto implica un trabajo de reflexión crítica (elucidación) sobre lo que se da por sentado como verdad, cuestionando las significaciones imaginarias que se han instituido, para quebrantarlas, cuestionarlas y transformarlas. A esta tarea tendría que contribuir la educación.

Formar para la autonomía, implica formar para proponer y crear nuevas significaciones imaginarias que cambien la situación actual de nuestras sociedades donde prevalece la exclusión, el desempleo y la miseria generalizada. Para esto se requiere que la educación posibilite y favorezca la reflexión crítica que dé pauta al cuestionamiento de las significaciones instituidas, pero que además, posibilite la autogestión y la transformación de las instituciones educativas, a partir de un ejercicio creativo y auténticamente democrático del colectivo. De manera que la sociedad se dé a sí misma las instituciones que necesita para transformarse. Esto no escapa a la lucha de clases, no es un proceso voluntarista, implica confrontaciones, una guerra de posiciones.

La educación no debe plantearse como único objetivo satisfacer los requerimientos de la producción. Debe sobre todo, contribuir al desarrollo personal y social de los educandos, y de éste modo, formar a los actores sociales que se requieren para hacer frente a las crisis económicas, políticas y ambientales que padecemos.

La autonomía y la creatividad sólo son posibles si se permite la participación y la creación. Por ello los exámenes estandarizados y la solución únicamente de problemas instrumentales, alejan a los estudiantes de las realidades sociales que enfrentan día a día, asfixiando su creatividad y poniéndolos en condición de renuncia frente a la idea de cualquier tipo de transformación posible.

La educación debe formar en la autonomía y para la autonomía. Esto implica hacer de los procesos educativos proyectos de reflexión crítica, espacios de creación y vinculación social. Para ello es fundamental no sólo informar, sino enseñar a pensar, a discutir, a participar, a tomar acuerdos, a decidir.

Se requiere entonces la transformación de las prácticas educativas y de los modelos pedagógicos, ya que los modelos y las prácticas heterónomos, no forman sujetos autónomos. La formación en la autonomía implica el ejercicio de la autonomía y para ello la creación de vínculos de solidaridad, compromiso, respeto y tolerancia entre los sujetos.

REFERENCIAS

Castoriadis, C. (2008a). *El mundo fragmentado*. Argentina: Terramar.

- Castoriadis, C. (2008b). *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social*. Argentina: F.C.E.
- Castoriadis, C. (2002). *Figuras de lo pensable*. México: F.C.E.
- Castoriadis, C. (1998a). *Los dominios del hombre*. Barcelona: Gedisa.
- Castoriadis, C. (1998b). *Hecho y por hacer*. Buenos Aires: Eudeba.
- Castoriadis, C. (1983). *La institución imaginaria de la sociedad, Volúmen I*. Barcelona: Tusquets.
- Engels, F. (1883). Discurso ante la tumba de Marx. Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/83-tumba.htm>
- Filloux, J.-C. (1994) *Durkheim y la educación*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Lapassade, G. y Lourau R. (1981). *Claves de la sociología*. Barcelona: Laia.
- Ramírez, B. (2017). La identidad como construcción de sentido. En *Andamios*: México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, (33), 195 – 216.